

Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria

Jorge Semprún and the Civil war. History and memory

Felipe Nieto

UNED

felnieto@telefonica.net

Resumen: La Guerra Civil española, que Jorge Semprún no vivió, fue el acontecimiento histórico que marcó su vida del modo más definitivo. Causa de su expatriación en 1936, la suerte de la República y después la derrota a manos de militares facciosos apoyados por las potencias fascistas europeas estuvieron presentes de modo ininterrumpido a lo largo de su vida, tanto en su actividad política como en la de escritor e intelectual.

Semprún se incorporó a la Resistencia antifascista como un modo de continuar la Guerra Civil. La derrota del fascismo en Europa supondría la liberación de España. Se hizo comunista y vivió clandestinamente en España organizando la lucha contra el franquismo que había hecho de la victoria en la guerra el pilar de su régimen político opresor. En 1956, veinte años después del comienzo, Semprún difundió la política Reconciliación Nacional del Partido Comunista, una propuesta para superar la división vencedores-vencidos a favor de una lucha común por la libertad para todos los españoles.

Durante la etapa de transición después de la muerte del dictador, Semprún defendió el ejercicio simultáneo de la amnistía y la amnesia, es decir, la condonación de todos los delitos políticos cometidos durante la dictadura y el olvido de los enfrentamientos pasados, con el objetivo de asegurar la convivencia política democrática, con derechos y libertades para todos.

Una vez asentado el sistema democrático sigue siendo necesario investigar con rigor el pasado, concretamente la Guerra Civil, lejos de las versiones partidistas impuestas. Además es justo apoyar los esfuerzos de familiares y herederos de las víctimas de la guerra y de la represión inmediata posterior, la mayoría de ellas olvidadas, para conocer lo realmente sucedido, facilitar su recuperación y reconocer y honrar su memoria.

La literatura de Jorge Semprún –las novelas, los escritos autobiográficos, sus artículos y conferencias–, quiere ser llamada y estímulo para continuar en los esfuerzos por resolver las secuelas aún vivas de los conflictos del pasado sin las divisiones y enfrentamientos que los provocaron.

Palabras clave: Semprún, Partido Comunista, exilio, Guerra civil, resistencia antifascista.

Abstract: The Spanish Civil war, which Jorge Semprún did not live, was the historical event that marked his life of a most definitive way. Reason of his expatriation in 1936, the fate of the Republic and later her defeat to hands of factious military men supported by the fascist European powers were present in an uninterrupted way along his life, so much in his political activity as in that of writer and intellectual.

Semprún joined to the antifascist Resistance as a way of continuing the Spanish Civil War. The defeat of the fascism in Europe would suppose the liberation of Spain. It became communist and lived clandestinely in Spain organizing the fight against the Franco's regime that had done of the victory in the war the basis of his political oppressive regime. In 1956, twenty years after the beginning, Semprún spread the political National Reconciliation of the Communist party, an offer to overcome the division winning-defeated in favour of a common fight for the freedom for the Spanish people.

During the stage of transition after the death of the dictator, Semprún defended the simultaneous exercise of the amnesty and the amnesia, that is, the cancellation of all the political offenses committed during the dictatorship and the oblivion of the past clashes, with the aim to assure the political democratic conviviality, with rights and freedoms for all.

Once seated the democratic system, it'll be necessary continuing to investigate with rigor the past, concretely the Civil War, far from the partisan well versed versions. In addition, it is just to support the efforts of relatives and inheritors of the victims of the war and the late immediate years, the majority of they forgotten, to know the really happened, to facilitate her recovery and to recognize and to honor their memory.

Jorge Semprún's literature - the novels, the autobiographical writings, his articles and conferences-, wants to be a call and a stimulus to continue in the efforts for solving the still alive sequels of the conflicts of the past without the divisions and clashes that provoked them.

Keywords: Semprún, Communist Party, exile, Civil War, antifascist resistance

Para citar este artículo: Felipe NIETO: “Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 134-158.
--

Recibido: 30/08/2017

Aprobado: 10/12/2017

Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria

Felipe Nieto
UNED

En recuerdo de mi querido profesor de literatura Francisco Pérez

Para Jorge Semprún y los suyos la Guerra Civil fue hecho traumático de efectos duraderos imborrables. Truncó la vida de toda la familia de forma trágica. Acabó para siempre con todo lo que constituía el universo de sus ideales y creencias políticas y culturales, compartidos con quienes sostenían la España republicana, liberal y democrática. La derrota de esa España llevaría a la familia Semprún, a la mayoría de sus miembros, a formar parte de la España de la diáspora y el destierro de modo irreversible. En esa nueva situación no querida, lejos de España, algunos de los miembros del clan Semprún lograron desarrollar una destacada actividad intelectual y política.

Sin embargo, como vamos a ver a lo largo de las páginas que siguen, las ideas de Jorge Semprún sobre la Guerra Civil evolucionaron de modo considerable a lo largo de los años y de las distintas coyunturas políticas. En los años 50, el militante comunista, siguiendo a su partido, considerará que la ya lejana Guerra Civil no debería ser el punto de partida para la construcción de la futura España en libertad. Más adelante, el recuerdo épico, más bien vacío tópico, del pasado bélico, languideciente en el exilio, empezó a hastiarle y se convirtió en objeto de críticas acerbas en su escritura. A la muerte del dictador y llegada el momento de comenzar una nueva etapa de recuperación de derechos y libertades, Semprún fue partidario de que la sociedad española se autoimpusiera, como otras sociedades en otros periodos históricos críticos, la práctica de la amnesia, el olvido del enfrentamiento fratricida pasado, porque no sería conveniente que condicionara el deseado establecimiento y posterior consolidación de un sistema democrático de todos los españoles. Finalmente, pasado un periodo de tiempo prudente, afirmada ya la democracia parlamentaria, Semprún consideró necesario, junto con el estudio histórico del pasado, el conocimiento de los efectos de la Guerra Civil en los frentes y en las retaguardias mucho tiempo postergados, a fin de restablecer, no solo la verdad de los hechos, sino también la dignidad de las víctimas desconocidas o ignoradas, y de aliviar en lo posible los largos sufrimientos de sus herederos, con la recuperación honrosa de todos los restos dispersos u ocultos y la restitución honrosa de su memoria sepultada durante los cuarenta años de dictadura.

El «paraíso de la memoria antifascista»¹

La Guerra Civil que arranca en 1936 es uno de los acontecimientos más recordados y estudiados de toda la historia de España, el «acontecimiento central y decisivo de la historia contemporánea española» como se la ha denominado.² Si atendemos a las repercusiones de todo tipo podríamos calificarla, como «el más profundo desgarró moral que han conocido (los españoles) como pueblo», de acuerdo con Reig Tapia, que supuso «un verdadero suicidio de toda España», en palabras de Elías Díaz.³ Una «guerra incivil», «la guerra de los hunos contra los hotros que están descuartizando a España», la denominaba un decepcionado –por su primer apoyo a los sublevados– y al tiempo lúcido Miguel de Unamuno en los ya pocos meses que la vivió.⁴ No se alcanzó la paz con el silencio de las armas, pues, en este tipo de guerras, dijo el general De Gaulle, la paz «no nace cuando la guerra termina».⁵ Se impuso la victoria del bando vencedor bajo el caudillo triunfante. Dominó sobre todo el territorio nacional. Impuso una férrea dictadura sin concesiones. A los vencidos se les abrían dos posibilidades, el sometimiento y la represión irrestricta o la exclusión y el exilio. El estado de guerra oficial llegaría hasta 1948⁶, pero el real se prolongaría de hecho hasta la muerte física del dictador en 1975. Dejó, según los historiadores, unas 650.000 víctimas.

La causa republicana suscitó oleadas de solidaridad entre la izquierda mundial, volcada en diferentes gestos de apoyo, en la inteligencia de que en España se estaba jugando la carta de la libertad y de la democracia frente al fascismo. Al final de la guerra el recuerdo de la derrota republicana y la pérdida de España serán el acicate solidario y la causa movilizadora en la continuación de la lucha sin cuartel contra la tiranía instalada en España. Muchos nunca la olvidarían. Camus lo dejó dicho en numerosas ocasiones a lo largo de su corta vida. Repetidas veces mostró su simpatía por los republicanos y solicitó ayuda solidaria para los que combatían a Franco y su régimen, al tiempo que dedicaba críticas aceradas a los políticos e intelectuales franceses que nunca ayudaron a la República española y más tarde, consumada la derrota, transigían y colaboraban con la dictadura española:

¹ Jorge SEMPRÚN: *Aquel domingo*, Barcelona, Planeta, 1981, p. 203.

² Enrique MORADIELLOS: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004, pp. 15-16.

³ Alberto REIG TAPIA: *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, en Enrique MORADIELLOS: op. cit., p. 16; Elías DÍAZ: *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 48.

⁴ Miguel de UNAMUNO: *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*, estudio de Carlos Feal, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 51 y pp. 21, 33, 35. Se trata de unas notas escritas entre agosto y diciembre de 1936, inéditas hasta la fecha del libro citado. V. «Unamuno y la guerra incivil de 1936», en Elías DÍAZ, op. cit., pp. 33-52; Alberto REIG TAPIA: op. cit., pp. 280-293; Colette y Jean-Claude RABATÉ: *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2017. Como es sabido, Miguel de Unamuno murió el 31 de diciembre de 1936.

⁵ Enrique MORADIELLOS: op. cit., p. 220.

⁶ Alberto REIG TAPIA: op. cit., pp. 22.

Hace nueve años que los hombres de mi generación llevamos a España en el corazón. Nueve años que los españoles la llevan como una herida sin cicatrizar. Por ella han conocido por primera vez el sabor de la derrota y han descubierto, con una sorpresa indecible, que puede tenerse razón y ser vencidos; que la fuerza puede someter al espíritu y que, en muchas ocasiones, el arrojo y el sacrificio no son recompensados.⁷

El recuerdo de lo que vivieron en España u oyeron contar de la Guerra Civil fue para muchos una enseñanza que nunca borrarían de sus vidas. Arthur Miller lo expresó así todavía recientemente:

No hubo otro acontecimiento tan trascendental para mi generación en nuestra formación de la conciencia del mundo. Para muchos fue nuestro rito de iniciación al siglo XX, probablemente el peor siglo de la historia. (...) La palabra «España» en los años treinta era explosiva.⁸

Una estación intermedia: la representación diplomática en La Haya

La familia Semprún residió muy poco tiempo en España durante la Guerra Civil. Su experiencia al respecto, salvo los ecos iniciales de la campaña del Norte, no fue vivida sino refleja, lo que no impidió que afectara de lleno a todos sus miembros. Su suerte, se irá viendo a lo largo de estas páginas, quedó asociada para siempre a la de la República española. Los lazos con la República se remontan al tiempo anterior a su establecimiento en España. José María Semprún y Gurrea, el padre el Jorge y jefe del clan por tanto, formó parte de la plataforma *Agrupación al Servicio de la República*, eficazmente activa en el fin definitivo de la monarquía. Católico con interés destacado por las cuestiones sociales, entró en la política junto a su cuñado y socio profesional Miguel Maura, en el partido Derecha Liberal Republicana que encabezaba Niceto Alcalá Zamora. Cuando aquel es designado Ministro del Interior en el primer gobierno provisional republicano, Semprún Gurrea es nombrado gobernador civil de Toledo primero, y después de Santander, tareas que desempeñó hasta octubre de 1931. En los años siguientes continuó su matizado apoyo a la república –con diferencias significativas como la política religiosa. Siguió participando en diferentes empresas culturales, la más destacada, la revista *Cruz y Raya*, de cuyo consejo editorial era miembro fundador.

Pasar largos periodos de vacaciones veraniegas era lo acostumbrado en familias burguesas como la de los Semprún. Tradicionalmente las disfrutaban en el norte de España. La muerte de la esposa y madre de los siete hijos, Susana Maura, en 1932, determinó un cambio de destino vacacional, de Santander a la villa marinera de Lequeitio, en Vizcaya. Las vacaciones del 36 em-

⁷ Albert CAMUS: *¡España libre!*, Madrid, Ed. Júcar, 1978, p. 47. V. también sus palabras al filósofo cristiano existencialista Gabriel Marcel: «Usted ha olvidado que en 1936, un general rebelde levantó, en nombre de Cristo, un ejército de moros para lanzarlos contra el gobierno legal de la República española...», «¿Por qué España? (Respuesta a Gabriel Marcel)», *La sangre de la libertad*, Madrid, La linterna sorda ediciones, p. 170.

⁸ Arthur MILLER: “España, en los ojos de Inge Morath”, *ABC*, 26 de octubre de 2002 (discurso de recepción del XXII Premio Príncipe de Asturias de las Letras), en Enrique MORADIELLOS: op. cit., p. 17.

pezaron bajo señales inquietantes por los rumores de sublevación militar inminente. El padre de familia aceleró los preparativos y en dos viajes, el último, en el que iba Jorge, el mismo 17 de julio, trasladó a la numerosa comitiva familiar, formada por su nueva esposa, Annette Litschi, de origen suizo-alemán, hasta entonces institutriz de los hijos, con la que había contraído matrimonio recientemente, y los siete hijos, las dos hijas mayores, y los cinco hijos varones. Atrás quedaba la casa del barrio de los Jerónimos de Madrid, en el piso cuarto del número 12 de la calle Alfonso XI, a la que ya nunca volverán.⁹ Aquel de 1936 iba a ser un viaje sin retorno. Durante el mismo pudieron advertir movimientos extraños, especialmente a su paso por las provincias de Burgos y Álava.¹⁰ Un comienzo singular para unas vacaciones que resultaron diferentes a todas.

Así que, para mí en principio, la guerra fue (pasar) unas vacaciones raras. Las casas se transformaban en hospitales; los coches transportaban milicianos, o sea, en el sentido español, los voluntarios de las milicias populares. Sí, la guerra para mí ha correspondido a las vacaciones. Por poco tiempo, por supuesto¹¹.

Una vez fracasado el golpe militar inicial y comenzada la guerra, el norte de España, reducido a una franja costera, quedó separado del resto de la zona republicana. Desde los primeros días de la guerra, su territorio iba mermando ante el avance de las fuerzas rebeldes que atacaban y avanzaban desde Navarra. Tomaron pronto Irún, se hicieron con el control de la frontera con Francia, entraron en San Sebastián y, tras una breve interrupción, continuaron su avance por la costa hacia el oeste, hacia la provincia de Vizcaya. Semprún recuerda haber percibido el estruendo de las armas y los frentes de guerra invisibles pero próximos. Lentamente el tranquilo pueblo de vacaciones se iba llenando de refugiados que huían de las zonas de guerra.

El recuerdo más profundo que me queda, al menos la impresión más fuerte, es la de haber vivido esta especie de levantamiento en masa de un pueblo que ha tomado las armas de donde ha podido y que ha combatido. Con fusiles de caza, fusiles encontrados no se sabe dónde, contra una fuerza evidentemente superior y enseguida aplastante. Los aviones, por ejemplo, eran siempre aviones enemigos... Para mí la aviación tiene algo de maléfico...¹²

Como años anteriores, estaban instalados en la «casa del puente», a la entrada de Lequeitio si se accedía desde el este, desde Ondárroa, el pueblo anterior, a unos quince kilómetros. Como

⁹ Una placa recientemente colocada en ese punto por el Ayuntamiento de Madrid da cuenta cabal de estos hechos.

¹⁰ Felipe NIETO: *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Barcelona, Tusquets, 2014 (En este libro, capítulos I a VI, se tratan por extenso muchos de los asuntos tratados en este escrito. Por ello, no será necesario repetir la cita); Ander LANDABURU: «La izquierda no acertó a condenar la lucha violenta de ETA». Entrevista: Jorge Semprún. Escritor. Miradas sobre Euskadi», *El País* 10 de enero de 2011.

¹¹ Michèle COTTA, Jean-Louis FERRIER y François GIROUD: «L'Express va plus loin avec Jorge Semprun. Prix Femina 1969», *L'Express* (1969), n. 961, pp. 153. (Traducción FN).

¹² *Ibidem*, p. 159. (Traducción de FN).

a muchos otros vecinos y veraneantes, a los Semprún se les fue imponiendo la idea de abandonar el pueblo amenazado. Jorge Semprún recordaría esta breve vivencia de la Guerra Civil. La reconstruiría en diferentes obras. La primera evocación escrita de la huida del pueblo aparece en *Soledad*, una obra de teatro de 1947 que permanece inédita:

Estábamos en la carretera. Ya te he dicho que había un puente. Los hombres del pueblo lo atravesaban. Del otro lado construyeron una barricada, con sacos de arena, colchones y piedras. Pasaban delante de nosotros, de camino a la barricada, con sus armas heteróclitas. Pasaban sin decir una palabra y el sol empezaba a levantarse. Nos hemos puesto en camino. Estábamos a la entrada del pueblo, así que éramos los últimos en partir. Nos íbamos y mirábamos hacia atrás, hacia la barricada del otro lado del puente. Y entonces, bruscamente, las colinas de enfrente, a dos o tres kilómetros, han empezado a arder. Todo el horizonte se iluminaba por el incendio.¹³

La familia Semprún se trasladó a Bilbao en automóvil y pocos días después, al atardecer del 22 de septiembre, abordaron en el puerto de Bilbao el “bou” *Galerna*, un barco bacaladero requisado por el gobierno vasco, utilizado para correo y transporte de mercancías y pasajeros entre España y el sur de Francia. Algunos de los ahora embarcados, como Semprún y Gurrea y su esposa, no volverían nunca a España. La singladura nocturna finalizó en el puerto francés de Bayona. Desembarcarían de buena mañana un día soleado y plácido. Aquellos rojos españoles fugitivos debieron interrumpir el sosiego francés reinante en las terrazas soleadas de la gran plaza con su quiosco de música en el centro. Ajenos voluntarios a todo lo que pasaba al otro lado de la frontera, a menos de 30 kilómetros, los franceses no podían disimular su desagrado ante la llegada de unos visitantes tan intempestivos.

Ello es que, llegados a Bayona y sorprendidos los asustados adolescentes –Jorge tenía 13 años– por la hostilidad ambiente inesperada, acudió a su rescate el amigo del padre de familia, Jean-Marie Soutou, miembro destacado del movimiento personalista, creado por Emmanuel Mounier en los años treinta, del que Semprún Gurrea era representante en España, así como corresponsal de su revista, *Esprit*. El personalismo era el movimiento cristiano renovador, de izquierdas, caracterizado por su voluntad de alejarse tanto del individualismo liberal como del materialismo que percibía tanto en el fascismo como en el comunismo marxista.¹⁴

Soutou instaló a los Semprún, para unos primeros días de descanso y adaptación, en su casa familiar de Lestelle-Bétharram, en la región pirenaica de Béarn, mientras se estudiaban los

¹³ Archivo Histórico del Partido Comunista de España, AHPCE, caja 129, carpeta 1, p. 29. Se conserva una copia mecanografiada del original francés. (Traducción de FN). Está en curso de publicación próxima todo el teatro de Semprún, en edición de Manuel Aznar Soler y Felipe Nieto. V. el estudio de Manuel AZNAR SOLER: *El teatro de Jorge Semprún*, Lit Verlag, Wien, 2015, pp. 65-112. Una versión complementaria del abandono de Lequeitio en Jorge SEMPRÚN: *El largo viaje*, Barcelona, Seix Barral, 1976 (edición original francesa de 1963), p. 238.

¹⁴ Xavier ITURRALDE: «José María de Semprún Gurrea, católico y republicano», en Jaime CÉSPEDES e Íd. (coords.), *Études sur l'œuvre de José María de Semprún Gurrea, Jorge Semprún et Carlos Semprún Maura*, *Regards*, n° 18, Presses Universitaires de l'Université Paris Ouest Nanterre La Défense, 2013, pp. 9-23.

próximos pasos. El plan de José M.^a Semprún era ponerse de inmediato al servicio de la República, en principio desde España, a donde pensaba volver por la frontera de Cataluña. Mientras se concretaba el modo del ansiado servicio, tuvo tiempo de escribir «La question d'Espagne incon nue», un largo artículo que aparecería en los meses siguientes en la revista del grupo y que tuvo la virtud, al decir de su fundador, de descubrir a los franceses la realidad de la Guerra Civil española.¹⁵ Por fin, en diciembre de 1936, con la familia instalada en los alrededores de Ginebra, las gestiones de Semprún Gurrea ante el gobierno de la República, en concreto con el ministro de Estado Julio Álvarez del Vayo, dieron como resultado la propuesta de hacerse cargo de la legación española de los Países Bajos con sede en La Haya. Así lo haría, primero como Secretario de primera clase interino y un año después como Encargado de Negocios. En los meses sucesivos, siguiendo al cabeza de familia, el resto de la misma se fue instalando en la casa del *Plein 1813*, una plaza conmemorativa de la derrota napoleónica de ese año, en la que residirían hasta finales de febrero de 1939.

Como en el caso de muchos de los embajadores republicanos, la misión principal de Semprún era contrarrestar la idea generalizada de que el gobierno de la República española era enemigo de la religión católica y perseguidor sanguinario del clero. El católico Semprún y Gurrea se emplearía a fondo en la tarea diplomática ante los católicos holandeses y de otros países, en contacto con embajadores republicanos. Se trataba de hacer bascular la posición de falsa neutralidad de las democracias occidentales y de inclinarlas del lado del gobierno legítimo de España. A decir verdad, el éxito diplomático de la República, en una Europa de extremismos, fue más bien escaso. Una pequeña victoria, excepcional en cualquier caso, obtendría Semprún y Gurrea. El conocimiento y la difusión de su opúsculo más arriba citado dio lugar a que intelectuales cristianos de la significación de Jacques Maritain se declararan públicamente a favor del gobierno republicano radicado en Valencia.¹⁶

Un incidente menor, pero significativo, viene a mostrar la personalidad de Semprún Gurrea y da cuenta de la seriedad con que trataba de aunar sus personales convicciones religiosas con sus obligaciones profesionales, también sustentadas en firmes convicciones políticas. Jorge, que ya había dejado las prácticas religiosas, se vio obligado a acompañar a su padre a misa un domingo de 1938. El celebrante se despachó a sus anchas con un sermón violento a favor de la santa cruzada contra los rojos españoles. El representante diplomático español pidió a su hijo, conocedor de la lengua holandesa, que le asegurara si había entendido bien las palabras del sacerdote. Confirmadas las impresiones iniciales, padre e hijo en funciones de intérprete, se dirigieron a la sacristía. Allí el diplomático explicaría a aquel cura fanático que la guerra española era un levantamiento de los ricos y terratenientes en defensa de sus privilegios contra el pueblo pobre y oprimido, justamente

¹⁵ *Esprit*, n. 50, noviembre, 1936, p. 291. Posteriormente fue editado como folleto. A lo largo de 1937 fue traducido al inglés, *A catholic looks at Spain*, London, The Labour Publications Department, 1937 y, según Jorge Semprún, al holandés, con este mismo título. V. igualmente Felipe NIETO: *Diccionario Biográfico Español*, «Semprún Gurrea, José María», Madrid, Real Academia de la Historia, tomo XLVI, 2013, p. 509.

¹⁶ Xavier ITURRALDE: op. cit., p. 20.

al que protegía el gobierno republicano. ¿No era esa la doctrina del Evangelio? ¿Cómo un representante suyo se atrevía a predicar la mentira y el odio? La soflama encendida del diplomático español acabó poniendo en fuga al aterrizado sacerdote holandés, incapaz de proferir respuesta alguna.¹⁷

El trabajo diplomático alcanzó un estimable reconocimiento por parte del presidente de la República, a quien debió visitar en La Pobleta (Valencia) en la primavera de 1937. En la entrada de su diario del día 22 de junio escribe Azaña:

Estos días he visto también al señor Semprún, ministro en La Haya. Estuvo casado con una hermana de Miguel Maura, a quien oí muchas veces elogiar a su cuñado. Cuando se proclamó la República, Maura, ministro de la Gobernación le nombró gobernador de Toledo, con ánimo de valerse de él como agente oficioso cerca del arzobispo. No he conocido a Semprún hasta el año 35; fue a visitarme y me dio algunas de sus publicaciones. Después hemos hablado cuatro o cinco veces. Es hombre perfectamente educado, inteligente e instruido. Católico y lealísimo a la República. He leído algunos artículos suyos en revistas extranjeras, tratando de la situación de la Iglesia católica en España, muy justos de razonamiento y muy serenos¹⁸.

Los dos largos años de La Haya fueron un paréntesis remansado en la vida expatriada, pero relativamente confortable, de Jorge Semprún. La casa de la legación española en el *Plein 1813*, con su amplio jardín y su arboleda en la que destacaban las magnolias, fue el último hogar de que dispuso la familia Semprún al completo. Con visitantes ilustres, procedentes de los círculos personalistas, y el escaso personal de servicio, dedicaban las veladas fundamentalmente a comentar la marcha de la guerra en España, seguida con interés y pesimismo creciente, al comprobar cómo el territorio bajo su control disminuía irremediabilmente. En voz alta se leían los despachos oficiales y las informaciones de la prensa holandesa. La ansiedad y la emoción a partes iguales presidían aquellas reuniones familiares, no en vano «nuestro destino dependía del desenlace de la guerra civil».¹⁹ No faltaban las actividades literarias, lectura y recitado de poemas, algunos originales de Semprún y Gurrea, secundado por su hijo Jorge, en el comienzo de una afición, la poesía, cultivada durante bastantes años, sin mucho éxito, todo hay que decirlo.

Asistía a las clases del *Gymnasium* (instituto) holandés donde recuerda haber recibido buena formación en lenguas clásicas. Por su cuenta y con sus amigos desarrolló una pasión por la pintura que había empezado a cultivar en las visitas al Museo del Prado y ahora podía continuar a través de las colecciones del *Mauritshuis*. Dos obras captaron su espíritu para el resto de los días, la *Vista del Delf* de Johannes Vermeer y *El jilguero* de Carel Fabritius. Al mismo tiempo y al margen de los estudios oficiales, continuó su formación literaria. Empezó a conocer y disfrutar la

¹⁷ Jorge SEMPRÚN: *Adiós, luz de veranos...*, Barcelona, Tusquets, pp. 20-23.

¹⁸ Manuel AZAÑA: *Memorias políticas y de Guerra. IV. Cuaderno de la Pobleta: 1937*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1961, p. 98. Es la única noticia que tenemos de este viaje de Semprún y Gurrea a España. Jorge Semprún nunca lo ha mencionado.

¹⁹ Jorge SEMPRÚN: *Adios...*, p. 27].

literatura francesa, a través de autores como Baudelaire, Proust parcialmente, o Gide.²⁰ Y se acercó por vez primera a uno de los escritores a los que guardaría admiración duradera toda su vida, André Malraux. El conocimiento de este escritor se produjo de un modo muy especial:

Porque para mí, ante todo, Malraux fue una voz anónima, oída en 1938 en la radio, que leía una página de *La esperanza*, la ejecución de Hernández. Estábamos entonces en La Haya con mi familia, y no volveríamos a España. Era en septiembre, algunos días antes de la conferencia de Múnich...²¹

Leído en Francia poco después, en 1939, *L'Espoir* (*La esperanza*) fue uno de sus libros fetiche, su vademécum imprescindible en la «mochila del maquis», compañía literaria tanto como guía política. Ello ha sido así porque en él ha encontrado Semprún las razones para «ser comunista» –el apoyo de Malraux a la forma de llevar la guerra los comunistas españoles– y la crítica radical a esa misma ideología –las reflexiones de algunos personajes sobre los principios y los fines del comunismo–, en definitiva «apología y crítica del comunismo en un solo acto». Según Semprún, Malraux rompió definitivamente con el comunismo a partir de la firma del pacto germano-soviético de agosto de 1939, el fin de la que llama «ilusión lírica», pero el recuerdo de su paso por España durante la Guerra Civil no quiso nunca someterlo a juicio crítico.²² A grandes rasgos no creo que esté fuera de lugar insinuar aquí el paralelismo que pudiera existir en la trayectoria vital, intelectual y política, de ambos escritores.

El libro de Malraux apareció en las librerías francesas en diciembre de 1937, pero se empezó a escribir, según el historiador Juan P. Fusi, en mayo de 1937. Fue ese «un mes prodigioso para la creación artística» porque distintos hechos de la guerra o de la retaguardia suscitaron, además del citado libro, cuadros como el *Guernica* de Picasso –denuncia del bombardeo de la villa vasca el mes anterior–, el *Homenaje a Cataluña* de Orwell –dedicado a los llamados “hechos de Barcelona” de los que el autor fue testigo–, que se publicaría en inglés en 1938, Hemingway empieza *¿Por quién doblan las campanas?*, el relato de la ofensiva republicana en Segovia y La Granja que ha presenciado y seguido de cerca y, por último, Manuel Azaña, presidente de la República, finaliza su reflexión sobre la guerra, *La velada de Benicarló*, que aparecería en 1939. Dejando del lado el último, las otras tres obras, a su manera,

idealizaban la guerra española como la resistencia del pueblo español contra el fascismo, defendían la legitimidad de la causa republicana y glorificaban el romanticismo revolucionario

²⁰ *Ibidem*, pp. 50-59; Franziska AUGSTEIN; *Lealtad y traición. Jorge Semprún y su siglo*, Barcelona, Tusquets, 2010, pp. 51-55.

²¹ Daniel BERMOND: «Jorge Semprun. Rencontre», *Lire*, 250 (1996), pp. 45-46. (Traducción FN); Jorge SEMPRÚN: *Adiós...*, p. 65.

²² Sobre la mochila, «El combatiente de la guerra civil española», en *El universo de Max Aub*, catálogo de la exposición, centenario de Max Aub, Valencia-Madrid, 2003, p. 171; sobre Malraux y el comunismo, Jorge SEMPRÚN: «Prólogo», número especial, «*Sierra de Teruel*, cincuenta años después», Valencia, *Archivos de la Filmoteca*, 3 (1989), pp. 5-9; Jorge SEMPRÚN, *Adiós...*, p. 114.

—la “ilusión lírica” en palabras de Malraux— que inspiró a milicianos españoles y voluntarios extranjeros en la lucha contra la sublevación militar.²³

El golpe de gracia definitivo para la República en la guerra —así lo percibió el representante español en La Haya— llegó en septiembre de 1938, cuando las potencias democráticas europeas, Gran Bretaña y Francia, cedieron a las presiones de Hitler y Mussolini, un traspies más de su política de apaciguamiento en el intento de frenar la guerra en Europa, que tuvo como consecuencia, además de la entrega de los Sudetes checos a las exigencias del *Lebensraum* (espacio vital) alemán, el abandono de la República española a su suerte, lo que justamente se denominaría “la traición de las democracias”.

A juicio de algunos historiadores, los Acuerdos de Múnich no serían la causa última de la derrota final de las fuerzas republicanas. Sí parece indiscutible que frustraron las escasas esperanzas últimas que quedaban para que la Gran Bretaña y Francia rectificaran la vergonzosa política de no-intervención que seguía permitiendo tan desequilibrada ayuda extranjera a uno y otro bando contendiente. Nada se hizo pese a los esfuerzos y gestiones del siempre decidido jefe de gobierno Negrín, dispuesto a agotar todos los recursos, básicamente una intervención internacional mediadora con vistas a forzar una negociación directa entre las partes en lucha. Pero en Múnich se trató muy poco de España. Las potencias occidentales ya se habían asegurado del general Franco su neutralidad en caso de que se llegara a producir la guerra con Alemania. Previamente, se había acordado el abandono de fuerzas extranjeras del campo de batalla, si bien, era más que evidente que no significaban lo mismo los 10.000 italianos retirados, del total de 40.000 presentes en España, que los 7.500 brigadistas internacionales que abandonarían la península a finales de octubre. Más todavía, ambas potencias del Eje incrementaron en esos mismos días su apoyo decisivo, armamento y aviones fundamentalmente, al ejército nacionalista en la batalla del Ebro, la última y desesperada ofensiva republicana comenzada en el verano de ese año, cuya frustración y fracaso, esta sí, selló definitivamente el curso de la guerra. Stalin por su parte, habría comprendido que no convenía a sus intereses contener en solitario a una Alemania en expansión, ni contradecir a las potencias occidentales con su ayuda a una lejana república española. «La cuestión española, no es importante» diría Stalin, o, como dijo Azaña, es «una baza menor».²⁴ Lo prioritario para la URSS sería atender al frente alemán, si fuera preciso pactando con él.²⁵

Los contemporáneos fueron conscientes de las consecuencias de la «política muniquesa», sinónimo de claudicación política, no importa el contexto, aplicado por el PCE en años posterior-

²³ Juan Pablo FUSI: «En el fuego del combate», *El País*, 15 de abril de 2012.

²⁴ Azaña al embajador español en Moscú en 1937, en Santos JULIÁ: *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Barcelona, Galaxia de Gútemberg, p. 27.

²⁵ Antony BEEVOR: *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 544-547; Paul PRESTON: *El final de la guerra. La última puñalada a la República*, Barcelona, Debate, 2014, p. 26-30; Enrique MORA-DIELLOS: op. cit., pp. 167-170; Samuel de LEÓN PÁEZ: *La gestación del pacto de Múnich a través de los medios españoles*, Tesis Doctoral, Madrid, 2017, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, pp. 102-112. eprints.ucm.es/41693/1/T38557.pdf

res. Indalecio Prieto declaró que Europa había traicionado a España y sobre el terreno militar, en plena batalla del Ebro, el teniente coronel Tagüeña afirmaba que

aunque todos en la España republicana comprendimos que en el pacto de Munich nos habían sacrificado a nosotros, al mismo tiempo que a Checoslovaquia, no se nos ocurrió en ningún momento dejar la lucha ni abandonar nuestros frentes.²⁶

Semprún recuerda el pesimismo que se apoderó de toda la familia después de Múnich: «quedó claro que la República estaba condenada». Más todavía, el representante diplomático fue consciente de que las democracias habían «retrasado unos meses, a lo sumo unos años, el momento fatal. Pero, aún así, habrá guerra. ¡Nos han sacrificado para nada!».²⁷

El adolescente tomó nota a su modo. Si un año después, pactando con el mismo Hitler, la URSS traicionaba a las democracias, no era cuestión de lamentarse. Se les pagaba con la misma moneda. Y es que en La Haya o en París más tarde, confiesa Semprún,

por aquel entonces, mi único criterio a la hora de formarme un juicio era la actitud que habían adoptado unos y otros con respecto a la República española. No pretendo que fuera el colmo del refinamiento político. Pero era lo que dictaba el corazón.

París: exilio, militancia y Resistencia

La derrota de la República era inexorable. Antes de que se consumara, la familia Semprún abandona la legación diplomática española. La Gran Bretaña y Francia reconocen al gobierno de Burgos a finales de febrero, el presidente Azaña comunica su renuncia en carta dirigida al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, ambos radicados en suelo francés desde comienzos de ese mes.

Comienza ahora realmente el exilio. Aunque en condiciones mejores que las de los cientos de miles que cruzan los Pirineos hacia Francia, los Semprún llegan a París con muchas incógnitas y escasos recursos para afrontar la nueva vida. Se impone la dispersión de los miembros de la familia, esta vez definitiva. Mientras el matrimonio y los hijos menores se instalan en Saint-Prix, «un pueblo del suburbio norte» de París, gracias a la ayuda de los amigos personalistas, los dos hermanos mayores, Gonzalo y Jorge son acogidos en el internado del Liceo Henry-IV, uno de los reputados centros públicos de enseñanza de París, los gastos sufragados por benefactores de la misma procedencia.

Un mes después de la llegada a París sucedió lo indefectible esperado, la caída de Madrid, el fin de la guerra:

²⁶ Manuel TAGÜEÑA LACORTE; *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 2005, P. 251.

²⁷ Jorge SEMPRÚN: *Adiós...* p. 28.

Leí el titular en *Ce Soir* y se me llenaron los ojos de lágrimas... Había caído Madrid y era como si me hubieran despojado brutalmente, de un hachazo, de una parte de mi cuerpo... A partir de entonces, me aventuraba en el desconocido territorio del exilio, del desarraigo. De la edad adulta, también. Cual adiós a la infancia...²⁸

El estudiante Semprún se va sumergiendo lentamente en la cultura francesa, su lengua y su literatura en especial, hasta hacerla propia con entusiasmo y placer. Sin olvidar por ello sus orígenes y compromisos adquiridos. Procuraba parecer un francés por el dominio perfecto de la lengua, pero en su fuero interno conservaba su condición de «rojo español a perpetuidad», leal a los ideales republicanos aprendidos desde la niñez.

El breve y relativamente pacífico periodo de formación «entre las dos guerras de mi adolescencia»²⁹ se vio pronto perturbado de nuevo por sonos de guerra, esta vez más rudos y feroces, pues afectaron pronto a todo el continente europeo, más tarde a los otros, finalmente al mundo entero.

La vida de Jorge se vio una vez más alterada por completo. La guerra llegaría a París a finales de la primavera de 1940. Muchos de los protectores familiares, de origen judío algunos, decidieron emigrar. Jorge tendría que dejar de estudiar. Los proyectos de cursar filosofía en la *École Normale Supérieure*, para los que tenía tantas aptitudes como ilusiones, debieron quedar suspendidos. Pronto habría que tomar otras decisiones en aquel París ocupado por los alemanes donde, sin embargo, se desarrollaba una vida que quería aparentar normalidad. En primer lugar la de ganarse la vida, con toda suerte de trabajos, como también tuvo que hacerlo su padre, mediante el recurso de las clases en un colegio religioso. Semprún y Guerrea además, decidido a no volver a pisar más España mientras imperase la tiranía franquista, ofreció sus servicios a las autoridades francesas y pidió la nacionalidad francesa.

Jorge no quiso dar ese paso. A sus dieciocho años, a pasos acelerados hacia el mundo adulto, sentía la obligación de mantener sus lazos con la República española y la solidaridad con los miles de compatriotas antifascistas derrotados cuyo destino compartía. La nueva guerra, aunque llegara demasiado tarde para salvar a la República como muchos habían soñado, les ofrecía ahora una nueva oportunidad de lucha contra el fascismo, una oportunidad de vengar combatiendo contra la Alemania nazi la injusta derrota de la República. Para el joven Jorge, después de haber asistido a los combates de otros sin poder tomar parte, llegaba la deseada hora de actuar, las armas en la mano, contra el enemigo causante de todos los infortunios y deshones del presente. La cuestión es bien sencilla:

Guerra de España, ocupación alemana, estaban en presencia los mismos enemigos y también las mismas fuerzas enfrente de los mismos enemigos... Otros miles de españoles han pensado igualmente que se trataba de la misma lucha.³⁰

²⁸ *Ibidem*, pp. 62 y 69.

²⁹ *Ibidem*, p. 50.

³⁰ Michèle COTTA, Jean-Louis FERRIER y François GIROUD: op. cit., pp. 165. (Traducción FN).

A esta razón se sumaba otra más inmediata, su formación intelectual, común a la de sus amigos y compañeros de estudios. Partiendo de Hegel y de otras lecturas filosóficas, habían llegado a Marx y a las obras de los estudiosos del momento, como Lukács y Korsch, lo que se complementaba con llamadas a la acción política revolucionaria, como el *Manifiesto*, opúsculo de gran impacto en todos los jóvenes, como Semprún no dejará de recordar en tiempos posteriores.

Efectivamente, entre estas dos fechas, 1941 y 1943, había habido en mi vida un acontecimiento considerable: había descubierto las obras filosóficas de Karl Marx. Había sentido pasar sobre todas mis ideas, sobre mi manera de estar en el mundo, el soplo avasallador del *Manifiesto del partido comunista*, un verdadero huracán.³¹

Teoría y praxis, razón filosófica y corazón republicano español llevaron a Semprún en un primer movimiento a afiliarse al Partido Comunista de España, PCE, en 1942,³² si bien en esas circunstancias, con los dirigentes principales huidos, refugiados en la URSS o en América, y con muchos militantes detenidos e inactivos (salvo en el sur de Francia), se decidió a entrar—segundo movimiento—en la Resistencia francesa, la «armada, la de verdad»,³³ donde ya actuaban algunos compañeros de estudios.

La misión del grupo de Semprún era recibir armas lanzadas en paracaídas por aviones ingleses y distribuir las entre los diversos grupos de maquis dispersos por los bosques y zonas rurales de Borgoña.³⁴ Había recibido una formación sumaria en el manejo de las armas y una preparación adecuada para resistir la más que previsible tortura en caso de detención por las fuerzas alemanas que ya ocupaban toda Francia, pese a que formalmente subsistiera el régimen colaboracionista de Vichy. Para ello se desplaza con frecuencia desde la Borgoña a París a las citas clandestinas, algunas con el jefe del grupo, Henry Frager, alias *Paul*, que acabaría cayendo en manos alemanas y, deportado a Buchenwald, donde se reencontró con Semprún, murió fusilado.

Aunque poseía una documentación falsa a nombre de Gérard Sorel, de profesión jardinero—tal vez el primero de la nutrida lista de falsos nombres que usó en su vida política—, disponía asimismo de documentación española en regla, lo que hacía que sus movimientos fueran menos sospechosos ante los muchos controles policiales.³⁵

Una delación llevó a la detención de varios miembros del grupo a mediados de 1943. Semprún fue encerrado en la *Feldgendarmarie* (cuartel de la policía nazi) de Joigny y llevado a diario a un chalet cercano dispuesto *ad hoc*, donde experimentó a manos de la Gestapo toda la serie de torturas teóricamente aprendidas sin que le arrancaran ninguna confesión útil. Al cabo de

³¹ Jorge SEMPRÚN: *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets, p. 120.

³² Jorge SEMPRÚN: «Cuestionario biográfico con ocasión del V Congreso del PCE» (1954), AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 34.3.

³³ Jorge SEMPRÚN: *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 189.

³⁴ Françoise NICOLADZÉ: *La deuxième vie de Jorge Semprun. Une écriture tressée aux spirales de l'Histoire*, Castelnau-le-Lez, Climats, 1997

³⁵ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios de supervivencia*, Barcelona, Tusquets, 2016, pp. 33-37.

un tiempo encontraría un descanso relativo en la cárcel de Auxerre. De aquí sería trasladado al campo de internamiento de Compiègne y finalmente deportado al campo de concentración de Buchenwald (cerca de Weimar, en la región de Turingia) a finales de enero de 1944, en uno de los transportes masivos de aquellos meses –más tarde se supo– finales de la guerra en Francia.

Buchenwald era un campo de concentración, *Konzentrationslager* en la denominación alemana, construido por presos políticos alemanes, comunistas en su mayoría, por el que pasaron en sus ocho años de historia unos 250.000 prisioneros de todas las nacionalidades europeas, salvo ingleses, de los que habrían muerto a consecuencia del trabajo extenuante, el hambre, las enfermedades, las torturas, los malos tratos y las ejecuciones, en torno a 56.000 prisioneros.

La administración interna del campo estaba en manos de los prisioneros políticos comunistas alemanes (conseguida en feroz disputa con los presos de delincuencia común). Ello les permitía controlar todo el funcionamiento material del campo con los puestos clave en sus manos. Al mismo tiempo crearon una organización clandestina de resistencia, con un comité de dirección en el que estaban presentes todas las fuerzas políticas de todas las nacionalidades, desde el que se preparaban las actividades de resistencia, entre otras, el sabotaje de la producción industrial de armamento y el almacenamiento de armas decomisadas.

La comunidad de prisioneros comunistas españoles era muy reducida, en torno a 200. Sin embargo, por tratarse en buen número de curtidos luchadores antifascistas, con experiencia en dos guerras en muchos casos, gozaban de gran prestigio y respeto. Estaban excluidos, como los checos y algún otro grupo, de los traslados a los peligrosos comandos exteriores. Como declaró hace pocos años Semprún

a nosotros la administración comunista del campo nos trató siempre como a privilegiados. Gracias a la leyenda rosa de la Guerra Civil, demasiado rosa quizá, si había algún español en una lista de castigo o de tareas duras, se le quitaba inmediatamente. Teníamos esa paradójica ventaja.³⁶

Semprún había llegado en un convoy con mayoría de prisioneros franceses y fue inscrito con el nombre de George Semprun, pero pronto fue, misteriosamente para él, detectado por la organización comunista española. El ya culturalmente muy afrancesado militante se integró en su comunidad de origen, a la que rendiría algunos buenos servicios, dado su conocimiento de la lengua alemana. Semprún fue destinado a la Estadística de Trabajo, *Arbeitsstatistik*, un puesto privilegiado desde el que se distribuía la fuerza de trabajo concentracionario, y desde el cual, de modo clandestino y a riesgo de ser descubiertos, los prisioneros ahí destinados podían manipular las listas y, de acuerdo con el comité de resistencia interna, preservar de los trabajos más peligrosos a sus miembros, con vistas a una posible lucha por la liberación del campo. Algo de ello se hizo realidad. Cuando el 11 de abril de 1945 el campo iba a ser liberado por los ejércitos americanos, los

³⁶ Miguel MORA: «Semprún remata su primera novela en español», *El País*, 1 de febrero de 2003.

prisioneros armados persiguieron por los bosques que rodeaban el campo a los últimos SS escapados.

En la primera oleada, armada con fusiles y metralletas, solo había combatientes curtidos, con experiencia militar... veteranos de las Brigadas Internacionales de la guerra española. ...combatientes de toda Europa... La segunda oleada éramos nosotros, los armados con bazucas.³⁷

Semprún se integra, pues, en la comunidad de españoles, de los antiguos soldados que tienen la Guerra Civil como su experiencia vital más importante, fuente inagotable de relatos y anécdotas. Los recuerdos compartidos de esa lucha les mantienen vivos y les ayudan a hacer más soportable el infierno de su vida diaria. En muchas ocasiones se les unían los numerosos combatientes de las Brigadas Internacionales todavía con España en el corazón. No solo era la nostalgia del pasado lo que así les sostenía. Era también su convicción firme de la victoria total sobre el fascismo. Por medio de las historias, los cantos, los romances y poesías populares en varios idiomas, las celebraciones, como el día de la República, Semprún empieza a sumergirse en esa mística española y europea, revolucionaria, que tiene a la guerra española como el común denominador, gracias a la que revive sus orígenes y recibe un nuevo alimento político-emocional. Semprún refuerza su compromiso revolucionario, sumando ahora un argumento más, el de la recuperación de la libertad en España, «el paraíso de la memoria antifascista».³⁸ Tan fuerte inmersión en el mundo español pudo cambiar su orientación vital:

Así, en Buchenwald, en el lugar del exilio más lejano... en el último fondo del desarraigo, en cierto modo volví a encontrar mis puntos de referencia y mis raíces... las palabras de mi niñez no significaban solo reencuentros con una identidad perdida... sino también la apertura a un proyecto, lanzarse a la aventura del porvenir... fue en Buchenwald, entre los comunistas españoles... donde se forjó esa idea de mí mismo que me condujo más tarde a la clandestinidad antifranquista.³⁹

Las incertidumbres de la repatriación

Tras la liberación de los campos de concentración y la vuelta a sus lugares de procedencia, los excautivos españoles toparon con la triste realidad de que Franco seguía ahí, al frente del poder de su patria, más afianzado si cabe, a pesar de haber apoyado a los regímenes fascistas que acaban de ser derrotados. Más aún, en los días y semanas inmediatos a la liberación empezaban a comprobar que la única cuestión acuciante para ellos, qué hay de lo nuestro, es decir, cuándo acabamos con Franco, no solo no tenía respuesta sino que resultaba impertinente. En el aspecto in-

³⁷ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios...*, pp. 128-129.

³⁸ Jorge SEMPRÚN: *Aquel...*, p. 203.

³⁹ Jorge SEMPRÚN: *Viviré con su nombre...*, p. 102.

dividual, la mayoría de los españoles tenía dudas elementales, a dónde volver, dónde empezar a vivir después de haber sobrevivido a tanto horror y tanta muerte cercana. La palabra repatriación carecía de sentido para ellos. Su nueva patria volvería a ser el exilio.

En esa coyuntura tan adversa muchos militantes y organizaciones antifascistas reanudaron el juramento hecho en la hora de la liberación. Es conocido el de Buchenwald, obra de los comunistas alemanes, según Semprún, en realidad un mensaje antifascista dirigido a los pueblos de los países aliados.⁴⁰ Jorge Semprún regresó a París, perplejo por haber sobrevivido y desconcertado ante el incierto rumbo vital que tenía ante sí pero decidido a colaborar en la lucha contra la dictadura española.

Tras varios intentos fallidos de poner por escrito las impresiones aún en carne viva de la deportación, afianzó su compromiso comunista militante, oscilante en principio entre organizaciones francesas y españolas del exilio, hasta que a partir de 1947 se dedicó exclusivamente al Partido Comunista de España, PCE. Actuaba en el frente cultural, con una literatura de combate — poesía y prosa simultáneamente. Dirigía sus dardos contra el régimen franquista y todo lo que se produjera bajo su dominio. Así difundía con entusiasmo, sin grieta alguna, la doctrina comunista y la política del PCE. A medida que pasa el tiempo y que el franquismo se consolida, se va desarrollando en Semprún un deseo cada vez más intenso de volver a España, por el procedimiento que fuese posible, para organizar la lucha contra una dictadura que, según creían los comunistas y la mayoría de los exiliados, estaba a punto de caer definitivamente. Se trataba, en palabras de Semprún, de tomar parte en una lucha que sería «victoriosa» necesariamente. En la ya mencionada obra, *Soledad*, el personaje de Santiago, trasunto claro del propio Semprún, es un exiliado que regresa a España a dirigir una huelga en Vizcaya. Literariamente Semprún está propiciando su vuelta a España como enviado del partido comunista. Después de años de meritoriaje y preparación, en 1953 vería alcanzado ese deseo. Regresó a España para realizar el trabajo de instructor en los sectores intelectuales.

Clandestinidad: el redescubrimiento de España

La vuelta a España, el recuperar la ciudad de la infancia, «la alegría radiante de Madrid», proporcionaron las primeras emociones a una aventura gozosa, pese a los riesgos indudables que implicaba, con la presencia aplastante del aparato dictatorial, invariable durante los aproximadamente diez años que duró tan singular embajada intermitente. Descubrir vida, curiosidad, inquietud, incluso ilusión entre muchos españoles, más allá de la pobreza, el atraso y la opresión, fue desde el principio un estímulo para la organización de la protesta y de la lucha contra el opresor, uno de cuyos recursos recurrentes para mantenerse en el poder era la victoria cobrada en la Guerra Civil y la gloriosa paz consiguiente, la paz guerrera impuesta, como siempre vieron los escasos grupos opositores.

⁴⁰ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios*, p. 119; Sabine et Harry STEIN: *Le tour memorial*, Weimar-Buchenwald, 1993, p. 14.

El tiempo iba haciendo su trabajo y el franquismo se afianzaba, a pesar de las penurias diarias y algunas andanadas exteriores superadas sin concesiones ni contrapartidas, mientras los enemigos, pocos y lejanos, perdían fuerza y eficacia. El pueblo español pasivamente y sin alternativa conllevaba la situación mientras lentamente percibía una lenta mejoría en sus condiciones de vida y supervivencia.

Las nuevas generaciones de españoles de mediados de los años cincuenta no han conocido la Guerra Civil. Muchos no muestran interés en seguir oyendo los mismos discursos en la prensa o en la radio, en las aulas y desde los púlpitos, machaconamente repetidos. En algunos lugares minoritarios pero relevantes, como las universidades, se encontraron y convivieron, por primera vez en sus vidas, jóvenes procedentes de familias de ambos bandos. Un ambiente propicio al acercamiento y la distensión empezaba a abrirse paso, lo que iría implicando el cuestionamiento crítico del pasado transmitido, de la visión maniquea de la Guerra Civil imperante y hasta del régimen, fenómenos convergentes, que se van a ir desarrollando a partir de estos años.

Al mismo tiempo, la agitación de grupos disconformes (algunos de ellos captados para el PCE por el emisario Jorge Semprún), con la promoción de actividades político-culturales que chocaban fácilmente con las autoridades, sacaron a la luz un malestar con la situación impuesta, el monolitismo en la vida y el pensamiento, que acabó estallando en la universidad de Madrid, en lo que se conoce como los «sucesos de Febrero» del año 1956, año-frontera. A consecuencia de ello, dieron con sus huesos en la cárcel estudiantes, licenciados y profesionales procedentes de familias de ambos bandos de la Guerra Civil, entre otros, Dionisio Ridruejo, uno de los dirigentes falangistas significados de la primera hora, justamente al comienzo de la Guerra Civil.⁴¹

Jorge Semprún, o Federico Sánchez o como se llamara en ese momento, se entrevistó con Ridruejo a los pocos días de salir de la cárcel, Pradera mediante, en una cafetería de la calle Goya de Madrid. Fue un encuentro, dice Semprún, entre dos políticos procedentes de las corrientes totalitarias más importantes del siglo XX, en fase y grado diferentes de abandonarlas. Querían hablar de la pasada colaboración entre Ridruejo y los jóvenes e informarle de que algunos de ellos habían ingresado en el PCE. Convinieron en que sería prioritario enterrar el espíritu guerracivilista generalizado y en establecer lazos de cooperación en la lucha contra el franquismo y en los proyectos para después, el posfranquismo. Sin mencionarlo expresamente, fue una muestra práctica de reconciliación. Desde ese momento fraguaron una amistad que fue mucho más allá de la relación política.⁴²

La cárcel no detuvo las protestas, más bien se incrementaron en los meses siguientes con el surgimiento de nuevos grupos. Miembros del partido comunista (Javier Pradera y Jorge Semprún) y de la Agrupación Socialista Universitaria, ASU, (Víctor Pradera y Francisco Bustelo), elaboraron un manifiesto, llamamiento a toda la comunidad universitaria española, que di-

⁴¹ Javier PRADERA: «Una nueva visión de la guerra civil», en Antonio LÓPEZ PINA (ed.), *La Generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp., 193-215.

⁴² Jorge SEMPRÚN: *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 296-297.

fundieron nada menos que el 1 de abril de ese año, el llamado día de la Victoria. Su presentación tiene cierto tono solemne:

En este día, aniversario de una victoria militar que sin embargo no ha resuelto ninguno de los grandes problemas que obstaculizaban el desarrollo material y cultural de nuestra patria, los universitarios madrileños nos dirigimos nuevamente a nuestros compañeros de toda España y a la opinión pública. Y lo hacemos precisamente en esta fecha –nosotros, hijos de los vencedores y los vencidos– porque es el día fundacional de un régimen que no ha sido capaz de integrarnos en una tradición auténtica, de proyectarnos a un porvenir común, de reconciliarnos con España y con nosotros mismos».43

Se trata de una denuncia del régimen franquista en toda regla, de su fracaso a los veinte años de su asalto violento al poder, proferida no por los “enemigos de siempre” sino por españoles procedentes de los dos bandos que demandan lo que hubiera debido hacerse desde el fin de una guerra, la reconciliación –palabra que aparece por primera vez frente al belicista discurso político oficial español– de los contendientes de uno y otro signo. Frente a ese pacto moral imprescindible, denuncian los jóvenes estudiantes, la respuesta del régimen a sus peticiones ha sido siempre «el recurso a la fuerza». En consecuencia, exigen la libertad de los detenidos y convocan a nuevas huelgas y acciones de protesta.

Qué hacer ante este panorama, se preguntaban continuamente los seguidores de Lenin. Los dirigentes del PCE, sin renunciar al objetivo de acabar con la dictadura, creyeron prioritario dirigirse a todo el pueblo español en la coyuntura concreta del vigésimo aniversario del comienzo del enfrentamiento cruento entre españoles. Era llegada la hora de acabar con la «artificial división de los españoles en “rojos” y “nacionales”... El Partido Comunista de España declara solemnemente estar dispuesto a contribuir sin reservas a la reconciliación nacional de los españoles, a terminar con la división abierta por la guerra civil y mantenida por el general Franco».44 Todos los españoles deben sentirse ciudadanos con la garantía de sus derechos a la vida y a la libertad. Se ha llegado a una situación en España en que la pasada Guerra Civil –«nuestra guerra», así llamada por los partidarios de ambos bandos para escándalo de Hemingway ante Semprún en su encuentro en el Hotel Palace de Madrid– ha dejado de ser la línea divisoria entre los españoles. A partir de ahora deben contar exclusivamente los problemas de la libertad, la soberanía nacional y el desarrollo económico.45

⁴³ El manifiesto, con el extracto de la Declaración de Derechos Humanos al dorso, en AHPCE, *Fuerzas de la Cultura*, caja 123, carpeta 2/2.4; Roberto MESA: *Jaraneros y alborotadores*. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid: Ediciones de la Universidad Complutense, 1982; Javier PRADERA: «Una nueva visión...», p. 215; Jorge SEMPRÚN: *Autobiografía...*, p. 44.

⁴⁴ Párrafo subrayado en la «Declaración del Partido Comunista de España. Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español», Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, FPI Fa 5903, p. 3.

⁴⁵ Felipe NIETO: «Los contextos de la *Reconciliación Nacional* del PCE: La contribución desde el interior. Jorge Semprún y los intelectuales», en Feliciano MONTERO y Joseba LOUZAO (eds.), *Catolicismo y*

En tiempos recientes, entrado ya el siglo XXI, Semprún hizo público su reconocimiento de la importancia de la reconciliación nacional con su tercer libro escrito en español, *Veinte años y un día*,⁴⁶ en buen parte reconstrucción novelesca de diferentes historias que confluyen veinte años después del comienzo de la Guerra Civil, cuando deberían clausurarse por completo. El 18 de julio 1956 van a ser solventadas y enterradas para siempre –aparte de los muertos de la guerra de cualquier bando– costumbres y prácticas que vienen atormentando desde hace veinte años a la población campesina del latifundio manchego en que transcurre la acción en la obra, tales como el llamado derecho de pernada, los trabajos y sevicias humillantes y, lo más significativo, la repetición ritual, año tras año, en los meses de julio, de una ceremonia en la que, al modo de un auto sacramental, los campesinos estaban obligados a representar el crimen originario, fundacional, el asesinato del patrón a manos de sus ancestros recientes, los campesinos levantados en armas el 18 de julio de 1936.

La necesidad de mirar al futuro que iba calando en los diferentes grupos sociales españoles de todos los sectores, obreros, profesionales, intelectuales, incluso eclesiásticos, junto a las importantes transformaciones socioeconómicas de los años sesenta, hacían cada vez más innecesario mirar al pasado, cuando menos para la construcción de un futuro distinto del presente franquista, nacido y avalado por la Guerra Civil. Un cierto olvido de este acontecimiento empezó a hacerse necesario, en ese caso en un sentido doble, olvido de la omnipresente y repetitiva visión triunfal y aniquiladora impuesta y difundida por el régimen franquista y olvido de la también muy repetida mística de la injusta derrota republicana a manos del fascio internacional.

Semprún lo fue viendo a lo largo de sus años de dirigente clandestino en España. También lo percibía en los medios de un exilio español envejecido, cansado y, principalmente, alejado de la España real que él conocía de cerca. Sin previo aviso fue retirado del trabajo en España, una actividad que le atraía y que consideraba haber desempeñado satisfactoriamente. Pronto saldrían a la luz algunas discrepancias políticas en el seno de la dirección comunista. A su juicio –y en esto se asociaba a Fernando Claudín que lo venía pensando por su cuenta– la política del partido en esta nueva década estaba quedando desfasada, inadecuada para la nueva sociedad española, dinámica y rejuvenecida, hacia la que los comunistas se dirigían en un lenguaje inadecuado y a la que se seguía proponiendo los mismos métodos de lucha, repetidamente fracasados, como la soñada y nunca realizada huelga general política. Las diferencias en el seno de la dirección del partido resultaron insalvables. Los dos discrepantes fueron expulsados del Comité Ejecutivo del PCE y, un año después, en 1965, «excluidos» del partido.

Semprún ya había empezado su actividad de escritor, reconocida y premiada desde su primera obra, *Le grand voyage (El largo viaje)*, escrita en francés. Surgió la posibilidad de escribir un guión para el director Alain Resnais. Al narrar su propia aventura política como dirigente clandestino en España, incide en la crítica de las visiones estereotipadas dominantes sobre la Gue-

franquismo en la España de los años cincuenta. Autocríticas y convergencias, Granada, Ed. Comares, pp. 153-165.

⁴⁶ Jorge SEMPRÚN: *Veinte años y un día*, Barcelona, Tusquets, 2003.

rra Civil, en este caso en el exilio y en la sociedad francesa. *La guerre est finie*, la guerra ha terminado, anuncia Semprún desde el título. Y se lo hace proclamar a su personaje Diego Mora, su alter ego, en un parlamento justamente famoso (que debe leerse imaginando la voz y el gesto del actor, Yves Montand):

La desgraciada España, la España heroica, la España en el corazón: estoy hasta la coronilla. España se ha convertido en la buena conciencia lírica de toda la izquierda: un mito para antiguos combatientes. Mientras tanto, catorce millones de turistas pasan las vacaciones en España. España no es más que un sueño turístico o la leyenda de la Guerra Civil. Todo eso, mezclado con el teatro de Lorca, ya está bien del teatro de Lorca: las mujeres estériles y los dramas rurales, ¡ya basta de todo eso! Y de la leyenda de la Guerra Civil también, ¡basta ya! Yo no he estado en Verdún, tampoco estuve en Teruel, ni en el frente del Ebro. Pero los que hacen cosas en España, cosas verdaderamente importantes, tampoco estuvieron allí. Tienen veinte años y no es nuestro pasado el que les mueve, sino su porvenir. España ya no es el sueño del 36 sino la verdad del 65, aunque parezca desconcertante. Han pasado treinta años, los antiguos combatientes me fastidian.⁴⁷

Semprún quiso ir más allá en su comprensión de la Guerra Civil a la altura del comienzo de la cuarta década del franquismo. Se propuso mostrar las diferentes visiones, y a diferentes voces, de y en cada uno de los bandos, a través de un variado elenco de testimonios, *Las dos memorias*, como se tituló su película documental, la única dirigida por Semprún. El título no tiene que ver con la conocida expresión machadiana de las “dos Españas”. Tampoco, dijo Semprún, pretendía ser la exposición paralela de una memoria «roja» frente a una memoria «blanca», porque en realidad se ofrece una pluralidad de voces más bien discordante. De hecho, después del estreno, Semprún pensó que hubiera sido mejor haberla titulado *La mémoire dédoublée*, *La memoria desdoblada*.

Fue un intento pionero. Sin embargo no pudo cumplir sus objetivos satisfactoriamente, a juicio de muchos críticos al menos. «Para mí, el objetivo de la película era conservar en la memoria colectiva la palabra de los testigos, incluso la ocultada. Como los del POUM, han tenido un papel importante pero, en el presente, han desaparecido».⁴⁸ Un propósito latente era huir de películas de gran éxito popular, como *Mourir à Madrid* de Frédéric Rossif, ejemplo mayor del fervor romántico republicano. Y fue lo que debió prevalecer.

Los problemas de producción, las dificultades para rodar en la España franquista y la limitación del espectro político y geográfico seleccionado, restaron eficacia y claridad al proyecto. Semprún entrevistó a muchos dirigentes políticos del exilio (Carrillo, Montseny, Peirats, Claudín, Wildebaldo Solano del POUM...), a políticos del interior en número significativamente menor

⁴⁷ Jorge SEMPRÚN: *La Guerre est finie*. Scenário du film d'Alain Resnais, Paris, Gallimard, 1966, pp. 88-89. (Traducción de FN).

⁴⁸ Françoise NICOLAZDÉ: «Entretien avec Jorge Semprún», en Jaime Céspedes (dir.), *Cinéma et engagement. Jorge Semprún scénariste*, Condé-sur-Noiteau, Charles Corlet, 2011, p. 157. (Traducción de FN).

(Ridruejo –una de las entrevistas más largas y cuidadas por el director–, Gil Robles...), a historiadores, a escritores, a jóvenes, algunos hijos de participantes en la guerra, etc. Las ausencias más significativas fueron la de dirigentes y militantes socialistas, en parte debido a la circunstancia de estar en un proceso de debate y renovación internos, y la de representantes de los partidos republicanos. Se comentó negativamente el peso excesivo de los testimonios del exilio. Lo más discutido ha sido el uso del montaje –obra técnica de la mujer de Semprún, Colette Leloup– de las más de 40 horas de grabación para una versión final de 140 minutos. Semprún habría tratado de matizar o contradecir las posiciones, tópicas a su juicio, del exilio sobre la Guerra Civil –por ejemplo la pretensión, muy común en muchos exiliados, ser los vencedores morales de la guerra pese a haber sido derrotados– mediante montajes paralelos o la inclusión de discursos ajenos al rodaje, como la ya citada diatriba de *La guerre est finie*.

En su estreno en Francia, en 1974, la película sempruniana no tuvo buena acogida. Hubo quien lamentó la confusión latente y la distorsión de los mensajes. La vigente censura franquista hizo imposible su estreno en España, cuando hubiera podido ser objeto de discusión entre el público al que preferentemente estaba destinada. La muerte de Franco poco después y los nuevos tiempos que se abrían ante los españoles, el fin de la dictadura y el futuro inmediato, restaron interés para un documento que iba a hablarles una vez más del pasado⁴⁹. Con razón puede hablarse de un film malogrado.

Amnesia, historia, reparación

En medio de la incertidumbre temerosa y expectante a la muerte del dictador longevo era difícil hacer pronósticos sobre el rumbo que iba a tomar el país, incluso para quienes tuvieran planes y previsiones muy delineados. Un supuesto común implícito parecía estar en la mente de todos, en las fuerzas de oposición exiliadas y en las del interior. No podría producirse un nuevo enfrentamiento entre españoles, nunca más se podría dar una guerra civil para resolver diferencias políticas. Los españoles tenían que desmentir el tópico interesado y repetido desde instancias franquista de su cainismo congénito y de su incapacidad para gobernarse. Cuestión que indirectamente era indicativa de lo interiorizado que seguía estando el recuerdo de la Guerra Civil.

Semprún ha defendido que en esas circunstancias, cuando se pone en marcha el proceso de transición, se hacía necesario un doble ejercicio:

La Transición española hacia la democracia había tenido, entre otras causas, el doble motor, la doble motivación de la amnistía y la amnesia, surgidas ambas de las profundidades de la voluntad popular.⁵⁰

⁴⁹ Para el comentario de esta película he seguido a Román GUBERN: «La mémoire frustrée: *Les deux mémoires*», y a Jaime CÉSPEDES: «Le moment des questions : *Les deux mémoires*», en Íd. (dir.), *Cinéma et engagement...*, pp. 122-130.

⁵⁰ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios...*, p. 96; Íd.: «Memoria, desmemoria y transición», conferencia pronunciada en el Círculo de Lectores de Madrid el 11 de marzo de 1997 dentro del ciclo *Visiones de España*.

Amnistías hubo cuatro, si contamos el primer indulto, la última de ellas una ley aprobada por las Cortes democráticas en 1977. La amnesia, autoimpuesta, debió estar presente desde el principio. Como los atenienses en 403 a. C., recuerda Semprún, tras el largo periodo de la Guerras del Peloponeso, o los franceses tras el Edicto de Nantes de 1598, tras las guerras intestinas de religión, los españoles decidieron sensatamente que los enfrentamientos del pasado no influyeran en la construcción del futuro común.⁵¹

Pero esta situación no puede eternizarse, considera Semprún. Consolidada la democracia parlamentaria nada impide confrontar el pasado siguiendo para ello un programa basado en la justicia y en el conocimiento con tres puntos esenciales.

En primer lugar, se ha de seguir desarrollando el estudio de la Guerra Civil con «rigor histórico», siguiendo las ya abundantes líneas de investigación existentes, tanto fuera como dentro de España y dejando de lado, eso sí, algunos intentos revisionistas de escribir la historia de la guerra, más bien libelistas, que a Semprún, confiesa, «se le caen de las manos». Para esta visión crítica, Semprún cree necesario partir de las siguientes premisas. La Guerra Civil fue una guerra justa, sostenida por la República en defensa de un gobierno legítimo contra un golpe militar. No fue en modo alguno una cruzada, como proclamó de inmediato la Iglesia católica alineada con los insurrectos. Su apoyo pleno a estos fue fundamental para el curso de la guerra y se incrementaría notablemente durante el franquismo. Por cierto, la Iglesia debería revisar oficialmente su actuación parcial, nada católica, y hacer autocrítica pública, dos cosas a las que hasta ahora se ha opuesto sistemáticamente. En el desarrollo de la guerra se produjeron conflictos internos en cada uno de los bandos. Semprún recuerda la lucha encarnizada en el bando republicano emprendida por los comunistas, auspiciados por los agentes soviéticos en España, para perseguir y eliminar a anarquistas y militantes del POUM. Todo lo cual viene a confirmar la sentencia de Malraux que Semprún repite: «Hay guerras justas, pero no hay ejércitos inocentes». En sus conclusiones, Semprún cree que la Guerra Civil fue inevitable, por la voluntad inquebrantable de los conspiradores de acabar con la República por todos los medios. Tampoco alberga ninguna duda sobre el final de la guerra, la victoria de la República era imposible.

Concluye Semprún con el recuerdo del mensaje de Azaña en su discurso de 18 de julio de 1938 en el Ayuntamiento de Barcelona que pide «Paz, Piedad y Perdón». No tuvo oídos que lo acogieran, ni en los campos de batalla ni en las cancillerías. Pero sigue siendo una necesidad.⁵²

Junto a la historia, en segundo lugar, la memoria. Semprún ha querido cumplir con ambos compromisos. Para ello se ha trasladado a Gurs, una localidad situada en la baja Navarra francesa, en el Béarn precisamente, donde hubo un campo de concentración por el que pasaron, entre 1939 y 1945, según se recuerda en el mismo lugar, unos 120.000 seres humanos de toda

⁵¹ «No instrumentalizar el pasado fratricida con fines políticos» en palabras de Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso de España en perspectiva comparada*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 284-304.

⁵² «La Guerra Civil, con rigor científico. Semprún censura, en la apertura de un congreso internacional, la falta de autocrítica de la Iglesia», *El País*, 28 de noviembre de 2006.

condición, vencidos republicanos españoles exiliados, brigadistas internacionales, judíos de países y épocas diferentes, de España, de Francia, de la Alemania nazi de antes de la guerra mundial – Hannah Arendt entre ellos–, perseguidos de todas las procedencias considerados indeseables por los nazis y los colaboracionistas de Vichy –gitanos, apátridas...–, guerrilleros antifranquistas españoles... un lugar, en suma, que reúne vivencias y experiencias como el destierro, la resistencia y la deportación, parte de la historia de Europa y de la historia personal del europeo y cosmopolita Semprún que quiere difundir con su obra teatral, *Gurs, une Tragédie européenne*.⁵³ Los años dramáticos de la Europa de los años cuarenta rescatados por Semprún.

En este lugar, sinécdoque del territorio del mal de todos los tiempos, sitúa Semprún la acción dramática de su obra, representada por unos personajes, prisioneros del campo, que le sirven para repasar los temas histórico-políticos que siempre le han preocupado y a los que ha vuelto en libros y conferencias, la Guerra Civil, los crímenes de Stalin, las repercusiones del pacto germano-soviético en las filas de los comunistas europeos, el antisemitismo con gérmenes diversos, el pasado y el porvenir de Europa... todos lanzados a los cuatro puntos cardinales desde un marco que también le es familiar, el campo de concentración. Ahora Semprún, sin testigos mediadores como los que tuvo que usar en *Las dos memorias*, puede presentar libremente los conflictos que le obsesionan y avisar de los peligros que se avizoran para el presente. Se trata, en resumidas cuentas, de la memoria viva de una historia de obligado recuerdo por un lado y, por otro, de un aviso moral para la Europa actual confrontada con problemas similares y tristemente actuales, como el de la acogida de los refugiados, el aumento de los excluidos sociales o las amenazas de la xenofobia y el racismo, porque, como dijo cuando se presentaba en público la obra, «todavía es fecundo el vientre de la bestia donde se engendra el fascismo».⁵⁴

Por último, en tercer lugar según Semprún, queda una cuestión pendiente, más inminente, que no debería demorarse, la de los muchos miles de “muertos sin sepultura”, víctimas de la Guerra Civil y de la represión franquista, desperdigados por cunetas, encrucijadas y caminos de España, abandonados en fosas comunes, contra toda convención y norma internacional, que siguen siendo la huella viva de una guerra que no termina de borrarse por completo:

Que los cadáveres de nuestra vieja guerra resuciten me parece lógico y positivo, siempre que no se utilice eso para volver a la confrontación civil, sino para esclarecer la memoria y consolidar la razón democrática.⁵⁵

La llamada Ley de Memoria Histórica de 2007 es un paso primero e insuficiente. Como información complementaria, consignemos que a día de hoy quedan, según las asociaciones que

⁵³ Jorge SEMPRÚN: *Gurs, une Tragédie européenne*, Version Paris avril 06 (mecanografiada, cortesía que agradezco a María Luisa García Manso); Miguel MARTORELL, «Españoles en Gurs», *El País*, 22 de agosto de 2014; Manuel Aznar Soler, *El teatro de Jorge Semprún*, Lit Verlag, Wien, 2015, pp. 213-247.

⁵⁴ Jorge SEMPRÚN: Conferencia en el Círculo de Lectores con motivo del nombramiento Socio de Honor, Madrid, junio de 2006.

⁵⁵ *El País*, 26 de abril de 2003.

se ocupan de la memoria histórica, unas 114.000 víctimas de la guerra y de la postguerra, sin ser reconocidas y, en consecuencia, sin poder recibir digna sepultura.

La Guerra Civil es todavía caso abierto.